

**“La política partidaria en Brasil, Chile y Uruguay.  
Continuidades en la primera década y media del siglo XXI”**

**Cintia Pinillos**

[cintiapinillos@gmail.com](mailto:cintiapinillos@gmail.com)

(UNR-UNER, Argentina)

**María Laura Sartor Schiavoni**

[lau\\_sartor@hotmail.com](mailto:lau_sartor@hotmail.com)

(UNR, Argentina)

**Elisa Caballero Rossi**

[eli.caballero@hotmail.com](mailto:eli.caballero@hotmail.com)

(UNR, Argentina)

Área temática: 03. Democracia, democratización y calidad democrática

“Trabajo preparado para su presentación en el 9º Congreso Latinoamericano de Ciencia Política, organizado por la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (ALACIP).  
Montevideo, 26 al 28 de julio de 2017”

## **Resumen**

Una nota común de los ciclos democráticos en América Latina fue la calcificación de los partidos políticos tradicionales, que se fueron paulatinamente desacompañando de la dinámica ciudadana. En cada país, la respuesta a este proceso asumió formatos propios e implicó la emergencia de alternativas políticas que favorecieron la alternancia. Asimismo, los sistemas de partidos adquirieron una creciente volatilidad en la superficie, que se hizo evidente en ciertas elecciones clave, aunque es posible identificar algunas pautas persistentes en las relaciones entre los principales actores que ordenaron el juego político desde finales del siglo pasado. Este fenómeno se vio de manera clara en los casos de Brasil, Chile y Uruguay. En el presente trabajo se intentará delinear el mapa de la política partidaria a lo largo de la primera década y media del siglo XXI en Brasil, Chile y Uruguay, poniendo énfasis en las semejanzas. En un segundo momento, se propondrá un ejercicio comparado a partir del cual, a pesar de las semejanzas identificadas, se presentarán diferencias cruciales que contribuyen a comprender tanto las transformaciones actuales de los sistemas políticos de Brasil y Chile, como la continuidad y estabilidad de la política partidaria en Uruguay.

*“Desde Motesquieu y Tocqueville,  
toda contribución importante al desarrollo del conocimiento  
social y político ha sido posible por la tarea de contrastar diversas realidades”*

Arturo Fernández

### **1. Introducción**

En las últimas décadas del siglo XX, los países del cono sur transitaron hacia un nuevo régimen político expresado en valores, reglas e instituciones que habilitaron y definieron el juego democrático. Los caminos hacia la democracia política fueron diversos y muchas veces ambiguos, ya que en algunos casos sobrevivieron fuertes herencias autoritarias o se consolidaron tensiones entre reglas formales e informales que llevaron a explorar adjetivos para calificar a las nuevas democracias. En este marco, una nota común de los ciclos

democráticos de estos países fue la calcificación de los partidos políticos tradicionales, que se fueron paulatinamente desacompañando de la dinámica ciudadana. En cada país, la respuesta a este proceso asumió formatos propios e implicó la emergencia de alternativas políticas que favorecieron la alternancia. Asimismo, los sistemas de partidos adquirieron una creciente volatilidad en la superficie, que se hizo evidente en ciertas elecciones clave, aunque es posible identificar algunas pautas persistentes en las relaciones entre los principales actores que ordenaron el juego político a lo largo del ciclo democrático. Este fenómeno se vio de manera clara en los casos de Brasil, Chile y Uruguay.

En los tres países, durante la primera década y media del siglo XXI, la identidad de los actores políticos, las estrategias de construcción y conservación de poder, los vínculos en el marco del sistema político, e incluso las relaciones con los actores sociales, evidencian más estabilidad que cambio.

En el presente trabajo se sostiene que dicha estabilidad puede ser analizada a partir de cuatro rasgos centrales que comparten Brasil, Chile y Uruguay: a. los sistemas de partidos presentan una tendencia bipolar centrípeta que ordena la competencia en la arena nacional; b. los gobiernos de coalición se constituyeron en la fórmula para otorgar gobernabilidad al presidencialismo en marco de sistemas multipartidistas; c. el nivel de competitividad del sistema de partidos es importante y se materializó en alternancia de los partidos en el gobierno; y d. finalmente, con los tiempos propios de cada proceso político, se consolidaron en el poder diversas fórmulas de gobierno ubicadas a la izquierda del centro relativo (Coppedge, 2000) de sus respectivos sistemas de partidos.

Sin embargo, en la actualidad asistimos a transformaciones importantes que tanto en Brasil como en Chile afectan la estabilidad del sistema político, y que permiten avizorar cambios que tendrán como consecuencia la reconfiguración de las dinámicas interpartidarias, afectando el sistema de alianza, y poniendo en jaque las estrategias que habían sido funcionales para alcanzar la gobernabilidad.

En el caso de Brasil, las elecciones de 2014 y la crisis abierta durante el nuevo gobierno de Rousseff que se profundiza luego de su salida anticipada del poder, constituyen momentos claves para observar el resquebrajamiento de la estabilidad que el fragmentado y desnacionalizado sistema de partidos brasileño había logrado conseguir a lo largo del ciclo

democrático. En Chile, las elecciones de 2013 y el derrotero del gobierno de Bachelet, que luego de un mandato de la coalición de derecha retornó al poder, decantaron en la ruptura de la Concertación y el incremento en la fluidez del sistema de partidos de cara al próximo ciclo electoral. Por su parte, la estabilidad actual del sistema político uruguayo, continúa pudiendo ser analizada por los rasgos mencionados anteriormente, y opera como caso de contraste adecuado para comenzar a desentrañar la naturaleza de las crisis -diferentes por cierto- que enfrentan los otros dos casos considerados.

En el presente trabajo se intentará delinear el mapa de la política partidaria a lo largo de la primera década y media del siglo XXI en Brasil, Chile y Uruguay, poniendo énfasis en las semejanzas. En un segundo momento, se propondrá un ejercicio comparado a partir del cual, a pesar de las semejanzas identificadas, se presentarán diferencias cruciales que contribuyen a comprender tanto las transformaciones actuales de los sistemas políticos de Brasil y Chile, como la continuidad y estabilidad de la política partidaria en Uruguay.

## **2. Pautas persistentes de la política partidaria en los tres países a lo largo de la primera década y media del XXI.**

Considerando el conjunto de características mencionadas que comparten Uruguay, Chile y Brasil, en lo que respecta a la dinámica de la política de partidos y a la conformación de los gobiernos en la primera década y media del siglo XXI, es posible caracterizar la naturaleza particular que asumió el multipartidismo y los gobiernos de coalición<sup>1</sup> en cada uno de los países.

Si bien tradicionalmente los gobierno de coalición fueron considerados por la literatura especializada como una forma típica del parlamentarismo, la presencia de gobiernos de coalición es hoy una característica aceptada como propia de los gobiernos nacionales de América Latina y resultaron clave para resolver los problemas del presidencialismo en contextos multipartidistas (Mainwaring, 1993) Las coaliciones de gobierno se mostraron como el instrumento más propicio para superar los dilemas y dificultades que provocan los escenarios políticos con presidentes en minoría, y de esta forma ayudaron a garantizar la estabilidad de los gobiernos democráticos (Chasqueti, 2008:13-18) Sin embargo, los

---

<sup>1</sup> Una coalición de gobierno puede ser definida como: “i) un conjunto de partidos políticos que, ii) acuerdan perseguir metas comunes, iii) reúnen recursos para concretarlas y iv) distribuyen los beneficios del cumplimiento de esas metas” (Kare Ström 1990, citado en Chasqueti, 2008:43)

gobiernos de coalición en el presidencialismo no están exentos de tensiones, como evidencian los últimos acontecimientos ocurridos en Brasil y Chile.

Partiendo del caso Uruguay, éste país cuenta con uno de los sistemas de partidos más institucionalizado de la región, el cual está integrado por partidos sólidos y estables. Tempranamente, Caetano, Rilla y Pérez (1987) definieron al sistema político Uruguayo como una “partidocracia”, dada la condición predominante de la política de partidos en este país, en donde los partidos han sido los actores políticos dominantes a lo largo de su historia.

Desde el periodo democrático iniciado en 1985 se va consolidando un tipo de competencia bipolar, aunando la estrategia de los partidos tradicionales, Partido Colorado (PC) y Partido Nacional (PN), ante el crecimiento electoral del Frente Amplio (FA). El multipartidismo limitado que surge en el proceso de democratización termina definiendo una mecánica bipolar, que no implica la licuación de las identidades tradicionales, pero va consolidando una dinámica de competencia y coaliciones de gobierno más estables que en el pasado. De esta forma, desde las elecciones de 2004 en las que llega el FA al poder, el PN y el PC han aunado esfuerzos en la instancia del ballottage para intentar, sin lograrlo, impedir el triunfo del FA. Adicionalmente, estos partidos han realizado acuerdos legislativos para contrarrestar las mayorías del FA.

Si el PN y el PC estructuraron la competencia en torno a un bipartidismo organizado en dos partidos catch-all, que compartían electorados, regiones, clases y edades, el FA incorporó en el sistema de partidos uruguayo una diferenciación social del voto que era relativamente desconocida hasta su surgimiento (Moreira, 2010:172) El desarrollo de una opción de centro izquierda contribuyó a resignificar la representatividad del sistema de partidos y a contener en el marco del mismo a las principales fuerzas sociales, concentrando el vínculo entre la sociedad y el Estado.

El sistema de partidos uruguayo ha tendido hacia una lógica bipolar, centripeta en términos ideológicos (Sartori, 1976-2000), que operó tanto para impulsar la llegada de la izquierda al gobierno en las elecciones de 2004, como también en la renovación del gobierno por parte del FA en las elecciones de 2009 en las que triunfó Mujica. Si bien esta elección, como el ciclo electoral abierto en 2014, significó la alternancia entre presidentes pertenecientes a distintos sectores internos del FA, el equilibrio de los actores históricos dentro del partido no se vio

sustancialmente alterado. Las elecciones de 2014 en Uruguay reeditaron el esquema interpartidario establecido desde mediados de la década de 1990.

El sistema de partidos chileno, de manera similar que el uruguayo, también es considerado como uno de los más institucionalizados dentro del concierto de países latinoamericanos (Mainwaring y Scully, 1996) Esta característica está fundamentada en que cuenta que partidos políticos estables, organizados, que abarcan un espectro ideológico de izquierda a derecha claramente identificable (Coopedge, 2000; Cavarozzi y Casullo, 2002)

Desde el regreso de la democracia en 1990, Chile presenta una competencia de tipo pluralista moderada (Sartori, 1976-2000), estructurada en dos grandes coaliciones: una de centro izquierda, la Concertación Democrática, integrada por la Democracia Cristiana (DC), el Partido por la Democracia (PPD), el Partido Socialista (PS) y el Partido Radical Socialdemócrata (PRSD); y otra de centro derecha, la Alianza por Chile, compuesta por la Unión Democrática Independiente (UDI) y Renovación Nacional (RN), entre otros.

El ordenamiento y la dinámica adoptada por el sistema de partidos está íntimamente vinculado al sistema electoral, heredado del gobierno autoritario, el cual regido por el sistema binominal propicia la conformación de bloques políticos para tener representación parlamentaria y define en gran medida la organización de las contiendas electorales. Este sistema permite sólo dos representantes por circunscripción electoral generando así la tendencia a la polarización entre las dos fuerzas mayoritarias con posibilidades efectivas de acceder a los cargos electivos, favoreciendo una representación equilibrada de las dos principales fuerzas y desalentando la llegada al Congreso de terceras fuerzas. Este sistema ordenó la política chilena hasta las elecciones de 2014 y en 2015 fue reemplazado por un sistema de tipo proporcional que habilita nuevas estrategias electorales.

Desde el regreso de la democracia, la Concertación se posicionó como coalición de gobierno hasta el año 2010, cuando la Alianza por Chile arriba a la presidencia, gracias a la candidatura de Sebastián Piñera, de RN. Queda manifiesto que el sistema de partidos presentó un comportamiento centrípeto, que se ha materializado tanto en la alternancia entre las coaliciones como así también intrabloque<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> Por ejemplo, en el marco de la Concertación los dos primeros presidentes, Aylwin y Frei, pertenecían a la DC. Lagos, quien arribó al gobierno en el 2000, era representante del PPD y Bachelet del PS.

Por otro lado, tal como se refirió para el caso uruguayo, otro rasgo fundamental de los partidos chilenos es que fueron el medio de canalización de las expresiones sociales a lo largo de su historia. Esto comienza a romperse en 2006 con la irrupción de los movimientos sociales, principalmente el movimiento estudiantil, proceso que se agudiza en 2011 y 2012, constituyéndose en tema de agenda en las elecciones 2013. En este marco donde “la calle” aparece como un escenario de disputa de lo público, visibilizando un reclamo que no pudo ser contenido por los partidos. La emergencia del movimiento social y ciudadano puede ser interpretado como una respuesta a la particular forma de hacer política después de la recuperación democrática (Fuentes Saavedra, 2012:18)

En el escenario electoral 2013, marcado claramente por la irrupción de esta nueva arena de contienda política, se produjo una innovación clave en el sistema de partidos chileno cuando la Concertación suma al Partido Comunista (PCCh)<sup>3</sup> entre sus filas modificando el nombre de la coalición por el de Nueva Mayoría (NM). Esto implicó la convivencia -no carente de tensiones- entre un partido ideológicamente polarizado hacia la izquierda como es el PCCh con los tradicionales partidos de tendencia centrista de la Concertación.

En lo que respecta a Brasil, a diferencia de Chile y Uruguay el proceso de institucionalización del sistema de partidos presenta niveles más modestos y es relativamente reciente en la vida democrática. Este proceso se vio favorecido tanto por la normas que regulan los partidos políticos y las elecciones, sumado al carácter federal del sistema político que realza la dinámica multinivel.

El sistema normativo confiere una amplia autonomía para la creación, fusión, extinción y organización interna de los partidos políticos. Por su parte, algunas reglas electorales, como la de listas abiertas para el legislativo, favorecen la personalización de las candidaturas y resquebrajan las identidades partidarias (Barreto y Fleischer, 2008:344). La combinación de estos elementos alienta la migración partidaria, incluso durante un mandato legislativo (Marengo, 2006:183-186)<sup>4</sup> lo que constituye uno de los rasgos distintivos de la política brasileña.

---

<sup>3</sup> Con la incorporación del PCCh se suman como candidatos y posteriormente en el Parlamento líderes referentes del movimiento estudiantil como Camila Vallejo y Karol Cariola.

<sup>4</sup> El caso más paradigmático se dio en el año 2011, con la creación del Partido Social Democrático (PSD) que atrajo parlamentarios de centro y derecha, contando desde su nacimiento con la cuarta bancada más grande del Congreso (Ribeiro, 2013:614)

Desde 1995, la competencia del Partido de la Social Democracia Brasileña (PSDB) y del Partido de los Trabajadores (PT) signa la contienda electoral presidencial y la política nacional, sin embargo, otros actores partidarios adquieren relevancia para la conformación de coaliciones y la política parlamentaria. En este marco, un actor clave, y siempre imprescindible en las coaliciones de gobierno es el Partido del Movimiento Democrático Brasileño (PMDB).

En el sistema de partidos brasileño conviven de forma definida dos tendencias políticas distintas: fragmentación en las elecciones proporcionales y concentración en las disputas mayoritarias. A nivel de ejecutivo nacional el clivaje PT-PSDB da rasgos bipartidistas a un sistema multipartidista altamente fragmentado en la arena legislativa (Meneghello, 2011) Por su parte, la composición de las cámaras de Diputados y Senadores da cuenta de un sistema multipartidista extremo donde más de cinco partidos tienen presencia significativa, incluyendo en algunos casos posiciones antisistema.

En este marco, la dinámica de coalición se convirtió en un recurso de supervivencia para los partidos dada la competencia centrípeta para el Ejecutivo, junto con la gran fragmentación en los órganos legislativos y el multipartidismo (Meneghello 2011:107).

Ante la imposibilidad de incorporar a sus rivales electorales formando una coalición del centro a la izquierda (como se realizó en Chile), el PT cuando ganó elecciones, como también le ocurrió al PSDB durante el gobierno de Fernando Enrique Cardozo, tuvo que buscar en la derecha los votos necesarios para ganar la mayoría congresual (Marenco, 2008:80). En este contexto se vuelve clave el rol del PMDB, que, una vez en el gobierno pasa a ejercer su potencial de coalición, participando en todos los gabinetes de ministros y garantizando mayorías en el congreso.

En las elecciones 2014, se reitera el clivaje PT - PSDB en la disputa presidencial, aunque no exento de sorpresas propias de la coyuntura, como el crecimiento del PSB. Asimismo la presidenta electa Dilma Rousseff (PT) reiteró en la fórmula presidencial de 2010, PT - PMDB, con la cual el partido de derecha no sólo obtuvo la vicepresidencia por segunda vez consecutiva sino también representación en el gabinete de ministros y se constituyó nuevamente en una alianza clave para la gobernabilidad en el legislativo.



### **3. Notas sobre las crisis actuales de la política partidaria en Brasil y Chile en el espejo de la estabilidad de Uruguay.**

Las últimas elecciones nacionales en los tres países analizados (2013 Chile, y 2014 Brasil y Uruguay) parecieron confirmar la vigencia de los rasgos de la política partidaria que se fueron construyendo a lo largo del ciclo democrático y que se consolidaron en la primera década del siglo XXI. En este sentido, los principales actores políticos, las estrategias para llegar y conservar el poder, y los vínculos en el marco del sistema político, reeditaron un paisaje en apariencia conocido.

Los rasgos de la política partidaria identificados inicialmente se hicieron presentes una vez más. Así, las últimas elecciones mostraron que a nivel nacional la competencia continuaba presentando una tendencia bipolar centrípeta, sobre todo en lo relativo a la competencia por la presidencia, que continuaban vigentes las coaliciones que habían sido exitosas a la hora de alcanzar y sostener el poder en el marco de sistemas competitivos, y se mantuvieron (o como el caso de Chile, regresaron), las opciones políticas de centro izquierda en los tres países.

En Chile, más allá del elevado número de candidatos que se disputaron la elección presidencial<sup>5</sup>, la principal batalla se resolvió entre las referentes de las dos coaliciones que protagonizaron el ciclo democrático: la Concertación, renovada en la versión de la Nueva Mayoría, que incluía por primera vez al Partido Comunista (PCCH); y Alianza por Chile, que logró incluir a su candidata de la UDI en el ballotage. Michelle Bachelet regresó al poder ganando holgadamente la segunda vuelta con el 62,64% de los votos. En el legislativo, la NM obtuvo mayoría en ambas Cámaras, incrementando su fuerza legislativa en relación con el período anterior<sup>6</sup>.

En Brasil, el PT -reeditando la fórmula presidencial que integraba en el cargo del Vice a Temer- logró obtener el ejecutivo nacional en una reñida contienda con el PSDB. En el

---

<sup>5</sup> Un análisis sobre este punto puede verse en Benetti y Pinillos (2014) "Chile en su laberinto. Partidos políticos y representación a la luz de las elecciones de 2013", en Cuadernos del Ciesal, Rosario, Año 11, número 13, enero-diciembre, pp. 48-61.

<sup>6</sup> En la Cámara Alta la NM obtuvo 21 escaños frente a los 16 de la Alianza, perdiendo una banca. Sin embargo, su predominio se vio claramente en la Cámara de Diputados, en donde alcanzó 67 bancas, superando en 10 las que había obtenido en 2010. La Alianza obtuvo 49 escaños, disminuyendo en 9 sus representantes. La representación del resto de las fuerzas políticas continuó siendo poco relevante (4 escaños). De esta manera, de un total de 38 senadores la NM obtuvo 21, y en la Cámara de Diputados, de un total de 120 bancas, alcanzó 67. Así, la NM logró una posición decisiva, ya que, apelando a la disciplina intra coalición y sumando a los cuatro diputados independientes, podría lograr los quórum necesarios para impulsar reformas claves -como el sistema electoral- que requerían quórum especiales.

ballotage, Dilma Rousseff fue reelecta con el 51,64% de los votos, a sólo 3,28 puntos porcentuales de Aécio Neves (PSDB), quien obtuvo el 48,38%. Si bien la coalición que apoyó la candidatura de Rousseff obtuvo la mayoría en las elecciones legislativas nacionales, el nivel de fragmentación del parlamento se incrementó en relación con el período anterior y se produjo una disminución de las bancas de los principales partidos oficialistas. En la Cámara de Diputados, tanto el PT como el PMDB perdieron alrededor de 10 bancas cada uno, aunque el estratégico PMDB continuó posicionándose como la segunda fuerza legislativa. Por su parte, el PSDB y el PSB, obtuvieron 10 diputados más que en la elección anterior. En el Senado, el PMDB mantuvo su predominio con 18 bancas, mientras que el PT consiguió 12 de las 81 bancas de senadores nacionales. Un dato que refuerza la creciente fragmentación es que en el período anterior, 22 partidos tenían representación parlamentaria mientras que como resultado de las elecciones de 2014 los partidos representados pasaron a ser 28.

Finalmente, en cuanto a Uruguay, el Frente Amplio (FA) renovó la presidencia con el regreso de Tabaré Vázquez, quien obtuvo 56,62% de los votos en la segunda vuelta frente al candidato del Partido Nacional (PN). En cuanto a las elecciones legislativas, los amplios resultados en primera vuelta del FA le permitieron conseguir mayoría parlamentaria. PN y PC, continuaron siendo actores relevantes, aunque el PC vio disminuido su rendimiento electoral y su bancada legislativa. Las tres fuerzas políticas principales continuaron siendo predominantes en la arena legislativa<sup>7</sup>, lo que sumado a la tradicional disciplina del FA, y a la tendencia a la cooperación de los partidos tradicionales en la oposición, reeditaron el equilibrio de fuerzas entre los principales actores políticos.

En este contexto, la estrategia de apostar a fórmulas coalicionales para brindar gobernabilidad al presidencialismo en el marco de contextos multipartidistas, parecía continuar por el camino largamente transitado en los tres casos por las fuerzas políticas triunfadoras en el último ciclo electoral. Sin embargo, resulta necesario atender a algunas diferencias entre los casos que pueden ser relevantes para abordar el panorama diverso que se abre en el presente.

---

<sup>7</sup> En el Senado, el partido en el gobierno obtuvo 15 bancas, más el voto del vicepresidente Sendic, lo que le dio la mayoría. El Partido Nacional (PN) consiguió 10 escaños, el Partido Colorado (PC) 4 y 1 del nuevo actor que ingresa a la Cámara Alta, el Partido Independiente (PI). En la Cámara de Representantes, el FA alcanzó 50 bancas, 32 el PN, 13 el PC (que pierde 4 del período anterior), 3 de PI (que obtiene 2 más que el período anterior) y 1 de la Unidad Popular que llega al parlamento por primera vez.

Mientras que en Chile y Uruguay, la NM y el FA respectivamente obtuvieron amplias victorias, ocupando los ejecutivos y obteniendo mayorías legislativas sólidas; en Brasil se da una situación diferente, ya que si bien el PT conservó el Poder Ejecutivo, lo hizo por un escaso margen de votos y debió enfrentar una situación parlamentaria más frágil que en el pasado. Como se planteó anteriormente, disminuyó la bancada parlamentaria de los partidos en el gobierno, a la vez que se incrementó el número de partidos con representación parlamentaria. Un elemento adicional y que será un factor clave para marcar los límites de la estrategia coalicional del gobierno de Rousseff se manifestó en el primer año de su segunda gestión, en el cual algunos de los partidos aliados comenzaron a quitarle su apoyo en votaciones clave. La creciente debilidad en el legislativo se vio retroalimentada por la crisis económica que siguió en alza y los escándalos de corrupción que involucraron tanto al PT como a su socio principal, el PMDB.

El *dilema de la gobernabilidad* que tuvo que enfrentar el PT para alcanzar y mantener el poder, construyendo estrategias para equilibrar los intereses en conflicto de los principales actores políticos, tanto aliados como adversarios, se vio desafiado por las protestas sociales y un contexto económico adverso (Gómez Bruera, 2015:20). La ruptura de la coalición de gobierno desmanteló el escudo legislativo (Pérez-Liñán, 2009) sellando la suerte de la presidenta en el juicio político desarrollado en 2016. Este proceso puso en crisis la fórmula coalicional que otorgó gobernabilidad al presidencialismo brasileño de las últimas décadas. La crisis de la fórmula política que permitió la alternancia y la llegada al poder de un partido ubicado a la izquierda del centro relativo del sistema de partidos, así como su triunfo en cuatro elecciones consecutivas, sumió al sistema político brasileño en una crisis de incierta salida.

Si bien la situación brasileña es la más dramática, porque afecta al sistema político en su conjunto, en Chile se observan transformaciones importantes que tendrán consecuencias en la reconfiguración de la dinámica interpartidaria, de cara al próximo ciclo electoral abierto en 2017. La novedad más importante la constituye la ruptura de la tradicional fórmula de la Concertación. La construcción de una estrategia electoral autónoma por parte de la Democracia Cristiana, uno de los partidos principales de la coalición de centro izquierda, introducirá fluidez al sistema de partido, afectando el juego de alianzas que ordenaron la competencia por el poder en el país trasandino en torno a una dinámica bipolar desde el

retorno a la democracia.

Por su parte, la política partidaria en Uruguay presenta signos de estabilidad en cuanto a las tendencias que ordenaron el juego político en el siglo XXI, funcionando a los efectos del ejercicio de comparación presentado en este documento como caso de contraste. Sin embargo, es importante destacar que el FA construyó una fórmula de gobierno en tanto partido de coalición mucho más consolidada y disciplinada que en los otros casos, lo que sumado a la mayoría parlamentaria con la que cuenta, ofrece un escenario de gobernabilidad. Por otro lado, el próximo ciclo electoral se abrirá recién en 2019, motivo por el cual, las estrategias electorales de los principales partidos aún están lejos de plasmarse.

A partir del desarrollo anterior, es posible presentar una estrategia comparativa organizando las diferencias cruciales que, a pesar de las semejanzas que ordenaron la política partidaria en los tres países hasta la actualidad, pueden contribuir a comenzar a explicar tanto las transformaciones actuales de los sistemas políticos de Brasil y Chile, como la continuidad y estabilidad de la política partidaria en Uruguay.

Así, si bien en los tres casos, los signos de continuidad en las últimas elecciones quedaron evidenciados en la mecánica de la competencia, la reedición de fórmulas políticas y la persistencia de los liderazgos en las fuerzas triunfadoras; abordados de manera individual, los gobiernos enfrentan desafíos diferentes que deben ser tomados en cuenta en un abordaje comparativo que visibilice los cambios actuales en las configuraciones partidarias de Brasil y Chile. Estos cambios implican también la incapacidad para contener en los parámetros construidos hasta ahora, las fórmulas de gobierno de coalición conocidas de cara al futuro.

El abordaje propuesto se organiza en torno a tres dimensiones que presentan resultados diversos a la luz de los tres casos: innovación en las reglas electorales, cambios en los sistema de partidos y estabilidad de la coalición en el gobierno, y relación de los partidos con la arena social. A partir del análisis de estas dimensiones se intentarán ofrecer argumentos explicativos para diferenciar las situaciones actuales de los mismos.

Desde las “leyes de Duverger”(1957), pasando por los trabajos fundamentales de Sartori (2000) y Nohlen (1994), buena parte de la biblioteca de la ciencia política se ha concentrado en analizar los múltiples vínculos entre los sistemas electorales y los sistemas de partido. Así, un cambio en las reglas electorales condiciona las estrategias de los partidos y

consecuentemente, la dinámica interpartidaria. De los tres casos analizados, sólo Chile ha atravesado recientemente una reforma del sistema electoral que puede aportar elementos significativos para comprender los cambios que se avizoran de cara al próximo ciclo electoral.

Uno de los elementos que articularon la agenda electoral de 2013 y la agenda de gobierno que debió encarar Bachelet, tuvo que ver con la revisión de los enclaves autoritarios institucionales (Garretón, 1991), que continuaban condicionando el proceso democrático, transcurridas dos décadas y media desde las elecciones fundacionales. En este sentido, Bachelet ganó las elecciones porque fue la candidata que de manera más clara expresó promesas para revertir esta fragilidad estructural de la democracia chilena, prometiendo una agenda de profundas reformas: el cambio del sistema binominal y la sanción de una Constitución de la democracia<sup>8</sup>. De la amplia agenda de reformas prometida, la única que se consiguió fue la modificación del sistema electoral, logrando las mayorías necesarias para cambiar el sistema binominal por un sistema de representación proporcional que entrará en vigencia para las elecciones legislativas nacionales de noviembre de 2017<sup>9</sup>.

El sistema binominal chileno, heredado del gobierno autoritario, condicionó la competencia legislativa desde el regreso a la democracia. El mismo determina la conversión de votos en escaños para la conformación de las cámaras de diputados y de senadores, y su nombre se debe a que en cada circunscripción se eligen dos representantes.

Su funcionamiento consiste en que el candidato más votado de la lista más votada es quien recibe un escaño de los dos en disputa. El segundo candidato elegido se define según los siguientes escenarios: a) En el primer escenario, si ninguna de las listas logra doblar en la cantidad de votos a la otra se escoge el candidato más votado de la segunda listas más votadas; b) En el segundo, la lista con mejor desempeño dobla en cantidad de votos a la segunda, se queda también con el segundo escaño, independientemente que de forma individual algún candidato de las otras listas haya obtenido mayor cantidad de votos que alguno de los que componen la lista ganadora. Es decir, la consecuencia del sistema

---

<sup>8</sup> La Constitución chilena de 1980, es considerada por amplios sectores de la sociedad y por los académicos como un enclave autoritario (Garretón, 1991) que encarna el proyecto político pinochetista, una “camisa de hierro” (Fuentes Saavedra, 2012; Atria, 2013) que dificulta la implementación de cambios sustantivos en la política y en la sociedad chilena a pesar de las numerosas reformas de las que fue objeto.

<sup>9</sup> La nueva ley electoral fue promulgada el 27 de abril de 2015, y las primeras elecciones en las que se podrá ver en funcionamiento son las que tendrán lugar en noviembre de 2017.

binominal es que favorece prácticas bipartidistas dificultando el ingreso de terceros actores en la arena parlamentaria (Lodi, Caballero Rossi y Sartor Schiavoni, 2014).

Por lo tanto, este sistema no sólo tiene efectos restrictivos sobre los partidos más pequeños, sino que al mismo tiempo produce consecuencias en detrimento del partido mayor, favoreciendo en última instancia a la segunda mayoría, que en el caso chileno ésta formada por partidos conservadores articulados en la Alianza de derecha (Fuentes Saavedra, 2012) Asimismo, otro de sus efectos es que ha ordenado la competencia intra e interpartidaria propiciando la conformación de dos grandes coaliciones (Szederkenyi V, 2016:2)

La reforma propiciada por el gobierno de Bachelet en 2015 modificó este sistema por uno proporcional moderado. Las cuatro principales modificaciones que se pueden enumerar consisten: primero, en lugar de los 60 distritos y las 19 circunscripciones, bajo la nueva ley el parlamento se elegirá en 28 distritos para diputados y 15 circunscripciones, una por región, para los senadores(as), aumentando la representación de 120 a 155 diputados y de 38 a 50 senadores. Segundo, si bajo el sistema binominal se elegían dos representantes en cada distrito, ahora se asigna una cantidad variable de autoridades por distrito en función del territorio y la población representada<sup>10</sup>. Tercero, se modifican la listas, dado que bajo el sistema binominal los pactos podían presentar dos candidatos por cada distrito o circunscripción y ahora se podrán hacer listas hasta con un candidato más que el número de escaños a repartir en el distrito o circunscripción. Por último, bajo el nuevo sistema los escaños se repartirán en cada nivel (lista, partido y candidatos) aplicando el método D'Hondt (Szederkenyi V, 2016:3; Gobierno de Chile, 2015) Finalmente, podemos mencionar otra modificación en términos cualitativos, la implementación de una ley de cuotas femeninas que obliga a los partidos a que el 40% de las listas sean mujeres.

La modificación del sistema binominal por el sistema proporcional, no sólo significa una mayor representatividad, dado el aumento del número de los legisladores y la representación por distrito, sino que el mismo repercute también en las estrategias a la hora de la construir candidaturas y conformar alianzas, presentando mayores incentivos para la formación de nuevas coaliciones o las candidaturas partidarias por fuera de las coaliciones tradicionales,

---

<sup>10</sup> En la Cámara de diputados, los escaños varían entre tres y ocho, y en el Senado, entre dos y siete. Cada diez años, el SERVEL actualizará la cantidad de escaños a repartir en cada distrito en función de sus cambios demográficos, sin embargo, los escaños a repartir en cada distrito nunca serán menores que tres ni mayores que nueve(Szederkenyi V, 2016:2)

dado que amplía las posibilidades de obtener una banca y posibilita mayor competitividad.

La segunda variable que puede resultar relevante para explicar las diferencias que afectan la estabilidad partidaria en los tres casos, es la institucionalización de sus sistemas de partidos. Los comentarios que siguen abordarán principalmente el aspecto relativo a la previsibilidad y estabilidad de los patrones de interacción entre los partidos a lo largo del tiempo, en lo que respecta a la competencia y cooperación en la arena más importante en la que los partidos interactúan: la gubernamental (Mair y Casal Bértoa, 2015:213)

En Brasil y Chile, es posible observar en la actualidad cambios significativos que afectan la institucionalización de sus sistemas de partido en la arena gubernamental. Si bien Chile se ha caracterizado por ser uno de los países más institucionalizados en lo que respecta a su sistema de partidos junto con Uruguay, los cambios introducidos en las reglas electorales propician, como se planteó, cambios en este aspecto de cara a las próximas elecciones.

Los cambios en la conformación de las principales coaliciones que estructuraron la política chilena desde el regreso a la democracia y el surgimiento de nuevos actores relevantes en el marco de un sistema que se propone concluir con la exclusión de terceras fuerzas, permiten prever cambios en el patrón de competencia y mayor volatilidad electoral.

Un desafío para los partidos políticos chilenos de cara a las próximas elecciones es superar la apatía ciudadana en relación a las elecciones demostrada en el altísimo nivel de abstencionismo de las elecciones de 2013, a pesar de los esfuerzos realizados por incorporar representativamente a los sectores que encontraron en la calle una vía de canalización por fuera de los partidos políticos. Muestra de dicha intención fue la incorporación del PCCh a la Concertación, llevando a sus filas a representantes del movimiento estudiantil chileno, quienes tuvieron gran peso en factores clave como la determinación de quiénes ocuparían el Ministerio de Educación. También es menester resaltar la participación de independientes dentro de la coalición gobernante, siendo uno de ellos, llamativamente, el candidato oficialista de cara a las elecciones de noviembre de 2017, el senador Alejandro Guillier, y no un líder partidario como había ocurrido hasta ahora. Esto constituye un factor sumamente novedoso en un sistema partidario caracterizado por su institucionalización.

Si bien no se pone en cuestión la legitimidad del sistema, se observa, principalmente desde el último ciclo electoral, baja participación ciudadana, sobre la cual los partidos implementarán

distintas estrategias para revertirla como ser el mantenimiento del PCCh en la Nueva Mayoría y la postulación de un independiente como candidato oficialista. Por otro lado, la mayor competitividad del sistema puede incentivar a la ciudadanía a optar por terceras fuerzas que anteriormente no contaban con posibilidades efectivas de acceder a cargos legislativos, alentando mayores niveles de participación.

En lo que respecta a las coaliciones en el país trasandino, el principal movimiento que implica una reconfiguración del mapa político, es la salida de la Democracia Cristiana de la NM al presentarse por fuera de la coalición. La separación del PS y la DC implica el cambio en una de las coaliciones más estables de la región. Como se ha mencionado, en las elecciones 2013 la Concertación ya había sufrido una modificación al incorporar al PCCh, presentándose como Nueva Mayoría, sin embargo eso no impactó significativamente en la dinámica del sistema, ya que el peso relativo de dicho partido era menor en relación con los actores políticos principales de la coalición.

Otro factor relevante es el surgimiento de un nuevo frente electoral ubicado ideológicamente a la izquierda de la Nueva Mayoría, con crecientes posibilidades de acceder a cargos electivos: el Frente Amplio. Esta alianza está compuesta por Revolución Democrática, el Partido Ecologista Verde, el Partido Poder Ciudadano, Nueva Democracia, el Partido Liberal, el Movimiento Democrático Progresista, el Partido Pirata, la Izquierda Libertaria, el Movimiento Autonomista, la Izquierda Autónoma, el Partido Igualdad y el Partido Humanista. Es importante destacar que algunos de estos partidos cuentan actualmente con representación parlamentaria y otros presentaron candidatos presidenciales en las elecciones de 2013 aunque con nulas posibilidades de acceder al poder.

La proximidad de las elecciones en Chile, abren el abanico de opciones, y sin dudas, en este caso, influye la transformación del sistema electoral que alienta juegos diferentes que en el pasado presentando cambios que introducen discontinuidades en los lineamientos de largo aliento que caracterizaban la política chilena, principalmente la posibilidad de nuevas representaciones legislativas, la ruptura de la coalición de centro izquierda a partir de la salida de uno de sus principales socios y el surgimiento de nuevas coaliciones competitivas que pueden aportar a superar la baja participación ciudadana.

Por su parte, en el caso de Brasil, la desinstitucionalización del sistema de partidos, sobre



todo en lo que respecta a la arena gubernamental, se produce de manera más dramática, afectando a la fórmula de gobierno y planteando un escenario mucho más abierto que en el pasado.

En Brasil, la crisis gubernamental -profundizada luego del impeachment de Dilma (PT) y acrecentada por la fragilidad del gobierno de Temer (PMDB) y el fantasma de su destitución- promueve una situación de latencia electoral, aunque el calendario establece las nuevas elecciones nacionales para octubre de 2018. Así, la crisis abre el juego de alianzas orientadas al gobierno, en el marco de un multipartidismo extremo, al que deben incorporarse dos rasgos centrales de la política partidaria de Brasil: la desnacionalización del sistema de partidos y el transfuguismo político.

El sistema de partidos brasileño, considerado como débilmente institucionalizado hasta mediados de los años '90 del siglo pasado (Mainwaring y Scully, 1996), fue incrementando sus niveles de institucionalización, a partir de la relativa estabilización de los patrones de conformación de los gobiernos. Sin embargo, analizado comparativamente con los otros dos casos estudiados, el nivel de institucionalización de la arena gubernamental fue mucho menos estable que en Chile y en Uruguay. La presencia de actores altamente pragmáticos, y por lo tanto necesarios para la conformación de alianzas viables, cuyo principal exponente es el PMDB, condicionó las estrategias gubernamentales y fue clave también para la desarticulación actual del sistema de partidos.

El PMDB es uno de los partidos políticos más antiguos del sistema de partidos brasileño. Desde el gobierno de Cardozo (PSDB) ha adoptado la estrategia de constituirse en partido necesario para las coaliciones de gobierno. Dicha estrategia, favorecida por su significativa representación en el parlamento, le permitió aliarse al gobierno de turno intercambiando cargos en el ejecutivo y en los esquemas de poder regionales y municipales a cambio de cohesionar una serie de recursos políticos parlamentarios a favor del oficialismo (Marenco, 2008: 79-80; Salas Oroño, 2016:32) Esta lógica de coalición se repitió en el gobierno del PT. Si bien hasta 2010 no integró la fórmula presidencial, ya era parte del presidencialismo de coalición articulado por Lula. Desde los primeros meses del segundo gobierno de Dilma Rousseff, esta alianza se irá desequilibrando progresivamente, constituyéndose en uno de los factores explicativos de su destitución en 2016 (Solano Gallegos, 2016:5-7; Salas Oroño,

2016:33-36)

A diferencia de las transformaciones actuales que atraviesan los sistemas de partido de Chile y Brasil -que si bien tienen orígenes y consecuencias diversas, sobre todo en lo que respecta a la institucionalización del sistema de partidos- Uruguay presenta un importante nivel de estabilidad en la arena gubernamental, incluso después de la alternancia que promovió la llegada del FA al poder en 2005. Los principales factores de la dinámica partidaria del país oriental son la relación de los partidos tradicionales entre sí, y su estrategia de competencia en el juego interpartidario; el balance interno de las fuerzas políticas principales y la renovación de los liderazgos. En este contexto, los gobiernos del FA lograron mantener elevados niveles de institucionalización gubernamental, a la vez que los partidos tradicionales encararon diversas estrategias de renovación de los liderazgos, pero sin alterar los patrones tradicionales de competencia, a la vez que no se observan otros partidos relevantes con capacidad para incidir en el juego político.

Finalmente, se incluye en el análisis una variable asociada a la relación de los partidos con la arena social. En Chile, como se ha mencionado, principalmente a partir de 2011 la irrupción de movimientos sociales, principalmente el movimiento estudiantil, representó un parteaguas en la histórica canalización de los principales actores sociales a través de los partidos políticos. Siguiendo a Manuel Antonio Garretón (2011) se puede afirmar que desde los años '30 no ha habido en Chile sociedad civil independientemente del sistema partidario debido a que no había movimientos sociales estrictamente autónomos. La acción colectiva, advierte, es el resultado de la imbricación entre estructuras partidarias y organización social o factores sociales.

A partir de las movilizaciones lideradas por los estudiantes en 2006, y fundamentalmente en 2011, se observa una crisis en la forma tradicional de construcción de identidades políticas que clausuró los espacios donde operaron tradicionalmente los mecanismos de formación de identidad política por los cuales los sujetos se posicionaron ante la realidad social y construyeron solidaridades estables en el tiempo (Paz, 2014:104) En este marco, *la calle* se constituyó como nueva arena de disputa política. Este distanciamiento se profundizó, además, por el creciente desinterés y descreimiento de la ciudadanía en la política, representado claramente en los altos niveles de abstencionismo electoral.

En Brasil, durante los primeros años del gobierno del PT, el partido y el presidente Lula Da Silva lograron articular las distintas demandas, incluyendo de este modo a los principales movimientos sociales y al sindicalismo, nucleado en torno de la CUT, dentro del gobierno. Sin embargo, a partir de 2013 y con mayor ímpetu en 2014 se desarrollan importantes manifestaciones sociales. Las mismas tienen como origen demandas por aumento del pasaje de ómnibus, pero posteriormente la consigna inicial fue dejada de lado para estallar masivamente en 2014, con un carácter más participativo pero, como contracara, con consignas más diluidas (Domingues, 2013) Los manifestantes sumaron temas de educación, el buen uso del dinero público (contrapuesto a los gastos por el mundial de fútbol) y el combate a la corrupción, que se amalgamaron para generar difusas y masivas protestas, en las cuales si bien es posible detectar algunos nodos que organizaron las manifestaciones tanto por derecha como por izquierda, tomaron un carácter de inorganicidad y dispersión que desencadenaron en algunos casos violentos enfrentamientos entre la ciudadanía y los grupos militares (Domingues, 2013) Las derivaciones de mediano plazo de estas manifestaciones marcaron la agenda electoral 2014 y la salida del gobierno de la presidente Dilma en 2016.

A diferencia de Chile y Brasil, en Uruguay los principales procesos históricos, desde el siglo XIX hasta la actualidad, han sido procesados en el marco de las estructuras partidarias y de la dinámica del sistema de partidos (Lucca y Pinillos, 2014) El sistema de partidos uruguayo continúa interpelando e incorporando a los principales actores sociales, estructurando la competencia política y concentrando el vínculo entre la sociedad y el Estado.

#### **4. Comentarios finales**

Analizar la coyuntura implica múltiples desafíos, sobre todo cuando se trata de procesos fluidos, donde resulta difícil calificar con precisión las variables con mayor capacidad explicativa; sin embargo la metodología comparada brinda herramientas útiles para pensar los fenómenos políticos contemporáneos. El análisis de los sistemas de partidos de Chile y Brasil pone en evidencia cómo aquellas continuidades que ordenaron la competencia a lo largo de la primera década y media del siglo XXI se encuentran en movimiento; mientras que Uruguay se presenta un escenario de continuidad.

En Chile, la fragilidad del vínculo entre los principales actores políticos y la renovada arena social no ha podido continuar canalizándose a través del sistema de partidos políticos

tradicional, pese a la inclusión del PCCh en la NM y las reformas impulsadas por la presidenta Michelle Bachelet entre las que se destaca la modificación del sistema binominal. Como telón de fondo de esta fragilidad se encuentra otra de más largo aliento en la historia contemporánea del país trasandino: los enclaves autoritarios (Garretón, 1989) materializados fundamentalmente en la Constitución de 1980, que más allá de las importantes reformas que se dieron a lo largo del tiempo, representa para importantes sectores políticos una herencia que sólo podrá ser encausada a través de un proceso constituyente.

El escenario electoral abierto en la actualidad, que tiene como trasfondo la reforma del sistema binominal y el paso a un sistema proporcional moderado, no sólo modificó las reglas del juego para la competencia en las elecciones legislativas, sino que incentivó un panorama de cambios en las tradicionales coaliciones ordenadoras del sistema de partidos chileno. En este marco la separación del PS y la DC materializada en candidaturas presidenciales independientes constituye un hecho histórico en uno de los sistemas partidarios más institucionalizados de la región.

En Brasil, el sistema de partidos también se encuentra en movimientos, en este caso no hubo modificación de las reglas electorales, pero el *impeachment* a la presidenta Dilma Rousseff y la asunción del cargo por el vicepresidente Michel Temer, fue el resultado de la fractura del sistema de alianzas que habían ordenado la conformación de gobiernos en los últimos años. Este proceso puso en crisis la legitimidad no sólo del gobierno actual, sino también de todo el espectro político involucrado en múltiples causas de corrupción. El ciclo abierto en Brasil evidencia, una vez más, los problemas de gobernabilidad que enfrentan los presidencialismos que conviven con poderes legislativos altamente fragmentados, sobre todo cuando se transitan crisis socioeconómicas importantes y surgen acusaciones de corrupción que atraviesan a las principales figuras e instituciones políticas. En estos escenarios, se ponen en jaque las fórmulas de coalición que constituyeron una respuesta efectiva en el pasado reciente. Así, a pesar de los calendarios establecidos, las elecciones se manifiestan de forma latente, ya que la crisis puede adelantar el ciclo previsto para octubre de 2018, como una salida para otorgar legitimidad al sistema político brasileño.

Finalmente, el caso uruguayo actúa como contraste. En el país oriental, los partidos políticos continúan siendo el ámbito a partir del cual se estructuran las diferencias sociales, se ordena la circulación de las elites políticas y se institucionaliza el conflicto. El proceso electoral

aparece aún lejano en el horizonte, no obstante no está exento de preguntas en lo que respecta a la relación de los partidos tradicionales entre sí, y su estrategia de competencia en el juego interpartidario; el balance interno de las fuerzas políticas principales y, sobre todo, la renovación de los liderazgos.

## 5. Bibliografía

- ATRIA, F. (2013), “La Constitución tramposa”, Chile, LOM Ediciones.
- BARRETO, L y FLEISCHER, D. (2008), “*Reformas políticas y democracia en Brasil*”, en Zovatto, D. y Henríquez, J. (editores.), “Reforma Política y Electoral en América Latina 1978-2007”, México D.F., UNAMe IDEA, pp. 315-352.
- BENETTI, G. y PINILLOS, C. (2014), “*Chile en su laberinto. Partidos políticos y representación a la luz de las elecciones de 2013*”, en Cuadernos del Ciesal, Rosario, Año 11, número 13, enero-diciembre, pp. 48-61.
- CAETANO, G. RILLA, J. Y PÉREZ, R. (1987), “*Identidades sociales y cultura política*”, en Revista Uruguaya de Ciencias Sociales, Cuadernos del ClaeH, N° 44. 2° Serie, Año 12.
- CAVAROZZI, M. y CASULLO, E. (2002), “*Los partidos políticos en América Latina hoy: ¿consolidación o crisis?*”, en Cavarozzi, M. y Abal Medina, J.M., “El asedio de la política. Los partidos políticos latinoamericanos en la era neoliberal”, Rosario, Homo Sapiens.
- CHASQUETTI, D. (2008), “Democracia, presidencialismo y partidos políticos en América Latina: Evaluando la difícil combinación”, Montevideo, Ediciones Cauce – CSIC.
- COPPEDGE, M. (2000), “*La diversidad dinámica de los sistemas de partidos latinoamericanos*” en PostData, Buenos Aires, N°6, julio.
- DOMÍNGUEZ, J. M. (2013), “*Las movilizaciones de junio 2013: ¿explosión fugaz o novísima historia de Brasil?*” en Revista Observatorio Social de América Latina, CLACSO, año XIV N° 34, noviembre.
- DUVERGER, M. (1957) “Partidos Políticos”. México. FCE.
- FUENTES SAAVEDRA, C. (2012), “El Pacto. Poder, Constitución y prácticas políticas en Chile (1990-2010)”, Chile, Ediciones Universidad Diego Portales.
- GARRETÓN, M. A. (1991), “*La redemocratización política en Chile: Transición, inauguración y evolución*”, en Estudios Públicos, Nro. 42.
- GARRETÓN, M.A. (2011), “*Movilizaciones y movimiento social en la democratización*

*política chilena*”, en La sociedad española en la Transición. Los movimientos sociales en el proceso democratizador, Cap 6, Madrid, Biblioteca Nueva.

GÓMEZ BRUERA (2015) “Lula, el Partido de los Trabajadores y el dilema de la gobernabilidad en Brasil”. México DF, FCE.

LODI, M.L., CABALLERO ROSSI, E. y SARTOR SCHIAVONI, M.L. (2014), “*La madre de todas las batallas. Un análisis de la reforma del sistema binominal chileno a partir de la demanda por una nueva Constitución*”, en Cuadernos del Ciesal, Rosario, Año 11, número 13, enero-diciembre 2014, pp. 62-80.

LUCCA, J. Y PINILLOS, C. (2014), “*El origen de los partidos en las democracias contemporáneas del Cono Sur de América Latina*”, ponencia presentada en el XI Congreso Nacional y IV Congreso Internacional sobre Democracia, Rosario.

MAINWARING, S. (1993) “*Presidentialism and Multipartyism. The Difficult Combination*”, en Comparative Political Studies, N° 26.

MAINWARING, S. y SCULLY, T. (1996), “*Introducción: Sistema de partidos en América Latina*”, en Mainwaring, S. y Scully, T., La construcción de instituciones democráticas. Sistemas de partidos en América Latina, Santiago, CIEPLAN.

MAIR, P. y CASAL BERTOIA, F. (2015) “*La institucionalización de los sistemas de partidos a través del tiempo: La Europa poscomunista en perspectiva comparada*”, En Casal Bértoa y Scherlis “Partidos, sistemas de partidos y democracia. La obra esencial de Peter Mair”. Buenos Aires. Eudeba.

MARENCO, A (2006), “*Migração partidária*”, em Avritzer L. y Anastacia F. (organizadores), Reforma Política no Brasil, Belo Horizonte, UFMG.

MARENCO, A. (2008), “*¿Despacio se llega lejos? La transición a la democracia en Brasil en perspectiva comparada*”, en Alcántara Saez, M. y Ranulfo Melo, C. (editores), “La democracia brasileña. Balances y perspectivas para el siglo XXI”, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca.

MENEGHELLO, R. (2011), “*Las elecciones brasileñas de 2010: política nacional, fragmentación partidista y coaliciones*”; en Alcántara Saez, M. y Tagina M. L (coord.) “Procesos políticos y electorales de América Latina (2010-2013)”, Buenos Aires, Eudeba.

MOREIRA, C. (2010), “*Clase, voto, ideología: desempeño electoral del Frente Amplio en el ciclo electoral 2009-2010*”, en Del cambio a la continuidad. Ciclo electoral 2009-2010 en Uruguay, Montevideo, Instituto de Ciencia Política, CLACSO, Editorial Fin de Siglo.

NOHLEN, D. (1994), “Sistemas electorales y partidos políticos”, México, FCE.

PAZ, F. (2014), “*De la arena social a la arena política. Un análisis sobre el movimiento estudiantil chileno*” en Cuadernos del Ciesal, año 11, número 13, enero-diciembre 2014, pp. 101-124.

PEREZ-LIÑAN, A. (2009), “Juicio político al presidente y nueva inestabilidad política en América Latina”, Buenos Aires. FCE.

RIBEIRO, P. F. (2013), “*El modelo de partido cartel y el sistema de partidos en Brasil*”, en Revista de Ciencia Política, volumen 33 N°3 pag 607-629.

SALAS OROÑO, A. (2016) “*Brasil 2016: del presidencialismo de coalición al golpismo*”, Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe.

SARTORI, G (1976-2000), “Partidos y sistemas de partidos”, Madrid, Alianza Editorial.

Sitio Oficial del Gobierno de Chile. “*Fin al binominal: Conoce el nuevo sistema electoral*”, 27 de Abril de 2015. <http://www.gob.cl/2015/04/27/fin-al-binominal-conoce-el-nuevo-sistema-electoral/> (Fecha de consulta: 10/06/2017)

SOLANO GALLEGO, E. (2016), “*Brasil: la caída del PT y el ascenso conservador*”, revista Nueva Sociedad No 266, noviembre-diciembre de 2016

SZEDERKENYI V, F. (2016), “*Cambio en el sistema electoral, simulaciones de las elecciones de diputados*”, en Centro de Estudios Públicos, Edición online N°439 de octubre de 2016.